

DON ENRIQUE MOLINA

por

Luis Oyarzún

Para juzgar a don Enrique Molina en su calidad de pensador —independientemente de sus bien aquilatados méritos en el campo de la educación secundaria y universitaria— hace falta situarlo en la atmósfera intelectual del 900. Los primeros interesados en la Filosofía —en la nueva Filosofía— habrían de constituirse por esos años en iniciadores, es decir, en receptáculos de nuevas influencias, sin renunciar del todo a los temas e intereses que el positivismo había promovido en nuestra enseñanza y en nuestras instituciones. Bien viva era aún la irradiación universitaria y política de un Valentín Letelier, gran figura del pensamiento chileno, cuya idea de la Filosofía no podía ya responder, sin embargo, a la curiosidad de los jóvenes.

La enseñanza de la Filosofía adquirió para el joven Molina el carácter de una lucha por imponer en el ambiente, traspasado de indiferencia o concentrado en el simple cientismo, el valor social de los estudios filosóficos puros. Junto a otros maestros en las dos primeras décadas del siglo —como Pedro León Loyola, en la Universidad de Chile— se afanó por despertar en los jóvenes el amor y el respeto por tal género de tareas. El retomar la tradición filosófica, con sincera modestia y buena voluntad, tuvo para Molina un valor en sí mismo y la Filosofía, en su más amplio sentido, incluyendo por cierto a la metafísica, le pareció dotada de un mérito formador inapreciable, como alma de los estudios humanísti-

cos y continua inspiración de un tipo de maestro que debía aspirar a ser, con todas nuestras limitaciones, un sage.

Uno de los grandes temas del positivismo comtiano fue, como se sabe, la insistencia en la reforma intelectual y moral de la sociedad. Desde temprano, en la turbulenta América Latina, empezaron algunos a sostener —entre ellos los pensadores socialistas— que lo que bien pudiera imponerse como reforma en Europa, no podría triunfar, sino revolucionariamente entre nosotros. Molina y, en general, sus contemporáneos chilenos del bando filosófico, se pronuncian abiertamente en favor de una reforma efectuada por la educación y por las leyes progresistas —en lo posible, como en los países anglosajones, promoviendo la acción de fuerzas situadas al margen del Estado, en el seno de organismos intermedios situados entre éste y el individuo.

Sus primeros pasos como publicista filosófico los dio justamente con el auxilio de pensadores reformistas, como Lester Ward y su teoría del meliorismo, o William James y el pragmatismo, que expuso críticamente en 1908, en conferencias en la Universidad de Chile. Como el mismo Molina recuerda, el meliorismo obedecía a la máxima de John Stuart Mill: —“¿A qué hemos venido al mundo?— A dejarlo un poco mejor de como lo hemos encontrado”. Justo es consignar aquí que, en lo que a él mismo se refiere, cumplió cabalmente con tan benéfico deseo.

Sus temas fundamentales eran, entonces, la libertad y el determinismo, la responsabilidad y sus fundamentos, la conexión entre las verdades científicas y el progreso social.

Más tarde, el estudio —también crítico— de Guyau y, sobre todo, de Bergson, vino a enmarcar su pensamiento dentro de sus definitivos horizontes. Desde entonces, Molina definirá su filosofía como doctrina de la acción creadora, que viene a desembocar en su concepción madura del espíritu como centro esencial de creación, que necesita del hombre para manifestarse visiblemente en

nuestro mundo. Así dirá: "Sé creador en la medida de tus fuerzas, y te sentirás colaborador en la indefinida creación espiritual en que están empeñados los hombres, te sentirás hermano de ellos y colaborador de la Divinidad. Nosotros no somos la última palabra de la vida".

Dentro de este mundo inspirado por la fe en el espíritu sustancial, nuestro pensador se define como "un buscador de caminos y de sentido en el dédalo de la vida". Para él, el Universo está hecho de síntesis creadoras: cuerpo físico, ser vivo, psique, espíritu. Siguiendo a Max Scheler, nos dirá que es el Espíritu el que, en último trance, define al hombre, de arriba a abajo —aristotélicamente— ese Espíritu que en el hombre se revela a sí mismo, confirmando, como que "el autoenriquecimiento es condición propia de la vida espiritual".

Mas, esta espiritualidad es a la vez condición y resultado de la vida humana como totalidad. "Es lo que da tono propio, caracterización, dignidad y superioridad distintiva" al hombre.

Sintió angustiosamente Molina la tragedia de la movilidad, que llega a ser caótica, de la vida en todos sus ámbitos, y la urgencia de hallar algún principio de perennidad y orden. De tal sentimiento derivan su interés por la herencia moral de la filosofía griega y por la lección viva de Nietzsche. Sobre tanta desordenada riqueza, sólo los valores introducen un principio de armonía:

"Aunque todo sea transitorio en nuestro mundo, los valores espirituales forman, en medio del fluir de lo mudable, el verdadero tesoro cordial de la vida". "Todo los valores significan ensayos para asegurar la estabilidad de las cosas humanas"

Bien se ve que la filosofía de Molina tendía cada vez más insistentemente hacia la metafísica, para constituirse en una meditación sobre el Ser. A ella dedicó sus mejores exégesis y análisis de pensamientos propios y ajenos, con verdadera generosidad intelectual. Hasta que marca su propio límite en el reconocimiento de

que al Ser no se llega sino por una intuición que emparenta al filósofo con el artista y con el místico. En este punto, el pensador se inclina, respetuoso, en actitud de recogimiento y de espera.

Su obra es testimonio fecundo de un sostenido interés por los temas más hondos del pensamiento humano.

